

Bajo el sol del verano by Miehczysslaw

Category: It

Genre: Friendship, Romance

Language: Spanish

Characters: Beverly M., Bill D.

Pairings: Beverly M./Bill D.

Status: Completed

Published: 2013-09-10 10:50:29

Updated: 2013-09-10 10:50:29

Packaged: 2019-12-12 02:17:45

Rating: T

Chapters: 1

Words: 2,239

Publisher: www.fanfiction.net

Summary: Bev siente su rostro arder. (Hay fuego en su piel de nieve). Bill la observa sin entender, y para ser un chico tan listo no capta ni una ¿eh?

Bajo el sol del verano

Renuncia: Stephen King sigue siendo un genio y yo una patata.

n.a: si bien en la novela se especifica que Los Perdedores nunca volvieron a estar juntos hasta 1985 yo haré caso omiso de ello aquí y en todo sUE ME.

n.a2: soy billverly all the way y lloro todos los días porque pudieron ser pero no fueron bye :(tengan un kid!fic post derrota de Eso, y ñoñadas

Es como si el sol fuese una bombilla apagada.

Porque por fin después de tanto (sufrimiento y miedo y tenemosqueservalientesonadiemáslóserá) ESO se ha ido. Para siempre, espera ella. El terror más peligroso de Derry ya no existe más, igual que un cuento de terror olvidado debajo de la cama y acumulando polvo en sus páginas rotas. Así que, por supuesto, las preocupaciones de Los Perdedores se esfuman asimismo.

Casi, casi.

(A Bev le duele el moretón más reciente en su brazo, y añora un cigarrillo).

Pero con honestidad, Beverly nunca creyó lograr ver ese día, vivir hasta su llegada. Y aún así ahí está, rodeada de sus amigos-familia-postiza mientras ellos lanzan piedras a la basura del vertedero mientras pretenden que son vaqueros del viejo oeste o mafiosos o—*héroes*, tal vez.

No prestó mucha atención al momento en que decidieron el juego.

En sus manos hay dos o tres piedritas, y más allá, junto a Silver (necesitas una bala de plata para acabar con un hombre lobo) yace su mochila, que tiene dentro uno de los objetos más importantes en su vida hasta entonces, junto con el poema de Ben. Es la camisa del Gran Bill.

Aquella prenda que recibió finalizada la lucha en el número 29 de Neibolt Street con toda la vergüenza del mundo. Aquella prenda que recibió cuando Bill *la vio* (o-o-oigan, Bev e-s-s...) como una chica, *cuando todos la vieron*. Y Bev se sonroja cuando lo recuerda, más no hace ningún esfuerzo por evitarlo tampoco.

Le gusta esa sensación, de verse querida.

Querida *bien*. Querida a salvo. Querida— no como por su padre.

Se maldice por ello, sin intención.

Porque sólo tiene once años por Dios, ningún adulto aprueba que ella sentir esa clase de cosas a tan temprana edad, incluso— incluso si no pueden ponerse en su lugar, porque no son ella. Mucho menos conocen a Bill *el Tarja* como ella.

Y es que *él es bueno*, más que bueno. Un líder que se alza con valentía ante las adversidades, pese a la muerte de su hermano y la falta de cariño de parte de sus padres. Él es un chico fuerte, y dulce, y dedicado con ojos de infierno congelado que le calientan las entrañas a Beverly cada que él la mira.

Bill se limita a ser... simplemente Bill, y la encandila más y más con cada palabra o acción, sin siquiera estar enterado de ello. Beverly añora cambiar esa situación, ahora, debido a recientes acontecimientos (a lo que sucedió en la oscuridad de las cloacas...) y debido a que se vieron en la necesidad de hacer *aquello*.

Sus esperanzas se han alzado como fuegos artificiales de feria y.

Piensa: «quizás tengo una oportunidad para con él. Quizás vale la pena pelear por él».

(incluso así, pelear siempre vale la pena).

¿Y es que qué mejor forma de demostrar sus sentimientos que devolviéndole su camisa, la que no pudo entregarle antes?

En realidad, cabe la enorme posibilidad de que Bill haya olvidado que se la dio, posee muchas camisas casi idénticas o mejores. Sin embargo...

Sin embargo, Bev cree en el fondo que ese gesto significa algo, algo positivo. Bill no va regalando su ropa a todas las niñas que se le cruzan en el camino, después de todo. La Tortuga la salve de ello.

¿Le corresponde, acaso?

¿Fue su manera de confesársele a Beverly?

Las palabras de azúcar derretida que él le susurró en las cloacas, ella aún las recuerda con claridad, tan nítidas como si reviviera el momento, son muy cálidas.

— Te amo mucho, Gran Bill —musita sin prestar atención a derredor, y suspira embelesada.

(porque sólo tiene once años por Dios, y un corazón hecho de rosas arrancadas de la tierra).

No se da cuenta, al principio, del silencio que esa frase (pequeña, inocente, peligrosísima) provoca, y que Bill se encuentra justo enfrente de ella con la mandíbula abierta, sin llegar a tocar su hombro, sin alcanzar a cuestionarle si se encuentra bien o le apetece jugar a otra cosa.

Entonces.

Bev alza la vista, encontrándose con esos perfectos ojos azules, cielo hecho de agua, y suelta un gritito de ave herida. Más o menos.

Y nononononono.

¡Me ha escuchado!

No hay escapatoria, y ella no logra descifrar si el silencio de parte de Bill es positivo o negativo. Si la va a rechazar, o abrazar. O—

— ¡Ey, Bevvie! Creo que has confundido mi nombre con el del buen amigo Bill aquí presente, aunque era algo obvio que caerías bajo mis encantos tarde o temprano, nena —Richie dice, rompiendo el incómodo ambiente con uno de sus comentarios burlones y sinsentido, y ríe.

Bev siente su rostro arder.

(Hay fuego en su piel de nieve).

Por primera vez en la tarde lanza una de sus piedras, fallando en su intento de darle en el estómago a Richie. Beverly nunca falla.

— ¡Deja de burlarte Tozier!

Y todo vuelve a la normalidad.

O eso aparentan los chicos: Richie, Eddie, Stan y Mike. Beverly nota a Ben algo decaído, pero no consigue preguntarle nada al respecto. Él gusta de ella, *ella sabe*, ella lo siente, *él sabe también*. Bill, en cambio, se muestra pensativo, tanto que ni siquiera quiere montar a *Silver* para que jueguen al Llanero Solitario a sugerencia de Mike.

Y Beverly sabe de igual modo... él no tiene que expresarlo directamente, sus palabras realmente le han afectado.

Ah, maldición.

Ella debe remediarlo, no importa si debe mentir con qué se trataba de una broma elaborada solamente o lo que sea, quiere de regreso al alegre-de-algún-modo-siempre-triste Bill Denbrough.

Su oportunidad se presenta cuando el resto se retira al mediodía, para ir a sus casas a almorzar y recuperar fuerzas para el resto de la tarde.

Bev se acerca entre tropiezos a Silver, mientras Bill la limpia con un trapo. Se encuentra de espaldas a ella, ignorante a su presencia, seguro.

Usualmente es el último en retirarse (su casa es demasiado fría, a pesar de que es verano). Bev puede comprender eso.

Inhala y exhala varias veces, y oye con perfecta claridad el «Boom, boom» de su frenético corazón. Está segura que este va a desplomarse en el suelo pronto para nunca levantarse otra vez, igual. Pero debe ser valiente, *es valiente*.

(ya con once años de edad y sin temor, una guerrera con las rodillas

raspadas y una resortera.)

— ¡Tengo algo que hablar contigo! —casi chilla.

Y como supuso, toma desprevenido a Bill. Él brinca y termina cayendo de culo rompiendo unas cuantas ramitas.

— ¡Uhm! ¿E... estás bien?

— B-Bev sig-g-gues aq-uí —responde Bill con nerviosismo. Beverly le ofrece su mano en señal de disculpa, ignorando sus nervios, no obstante él la ignora poniéndose en pie solo. *Y duele*—, c-creía q-ue E-E-Eddie t-e acom-pañaría a c-ca-casa.

Cierto.

Se habían puesto de acuerdo, aunque al final fue Stan quién lo acompañó y no ella.

Bev se siente repentinamente estúpida.

La molesta, a veces, como Bill tiene tanto poder sobre ella. Pero no es así, no realmente, y Beverly lo sabe. Ella tiene una opción, siempre la ha tenido. Y si ella decide por su voluntad decidir tan fácil botar su dignidad en ciertas ocasiones con tal de verlo feliz, porque él la hace feliz a ella, nadie debería tenerle lástima por ello.

Bev no tiene lástima. Bev sólo quiere.

(y Bill nunca toma toma toma de ella, como su padre, *él sólo da*.)

(Beverly desea darle algo, también.)

— Es que él lo vale —susurra para sí.

Él lo vale absolutamente todo.

— ¿Q-q-qué?

— Bill —lo mira fijamente, e ignora la pregunta de Bill, ignora el rubor de sus mejillas, ignora sus latidos que gritan y patean todo—. Sobre lo que pasó en las cloacas... no, antes, en Neibolt Street yo, y-

yo —«estoy segura de que te amo, por favor déjame seguir amándote aunque no me ames de vuelta»—. Yo... —Bill la observa sin entender, y para ser un chico tan listo no capta ni una ¿eh?

Bev empieza a sudar.

Vamos, dilo Bevvie, ¡dilo!

— Yo... quería darte las gracias por prestarme tu camisa en aquella ocasión, ¡y quería devolvértela! —miente.

Y reina el silencio.

No es de esos que siempre tienen el honor de compartir, no, es... diferente. Embarazoso. Tenso.

Al instante Bev se arrepiente de soltar algo *tan absurdo*. Richie es una terrible influencia en ella.

Que sí, desea agradecerle, sin embargo no ahí, en cualquier lugar menos ahí.

Resulta irónico cómo teme más declarar sus sentimientos que enfrentar a un monstruo del espacio empecinado en devorar niños. ESO se reiría de ella. Bill, en cambio, se limita a escudriñarla detenidamente.

Todo radica en sus palabras accidentales de la mañana, la que se le escaparon involuntariamente, como traidoras.

El asunto es.

Ella lo ama.

Ella es capaz de ir a la luna de ida y vuelta, de bajar hasta el infierno y soportarlo, todo por él. Ella no necesita nada a cambio, no en realidad, sólo un poco de comprensión. Le basta con que Bill repita su confesión de las cloacas, una vez y ya. Avergonzada Bev mira sus botines rasgados, incapaz de sostenerle la mirada. Ya predispuesta a salir corriendo y no tener que verlo otra vez, digamos, nunca jamás. Piensa que eso está bien, cargar esa herida dulce consigo misma el resto de la eternidad. Una pequeña mano sobre la suya cambia su

opinión al respecto.

El asunto es.

El amor no tiene que lastimar.

— Y-y-yo también —Beverly le observa con confusión, y Bill carraspea, y lo intenta de nuevo—. Yo t-t-también te a-a-amo, Bev —admite.

Y entonces.

Su mundo da una pirueta imposible, como con una patineta.

Ah.

— Bill-

— L-lo d-i-je an-antes, a-a-allá aba-jo. Pe-pensé que fu-i c-claro —prosigue él, y traza un camino entre sus dedos. Le sonríe con timidez. Los dientes blancos, de luna llena—. T-eng o-once años, B-Bev,  q-qué m-más pu-e-do d-darte ad-de-demás de m-mis pal-la-labras? —de pronto calla unos segundos, admirando el paisaje antes de devolver su vista a ella—, q-q-quizás d-deb  dar-r-rte algo m-más que un-a v-vieja cam-misa.

—  No! Aquello fue—

—  Pero qué tenemos aquí, Miss' Scarlet y el Gran Bill están teniendo una escena romántica no apta para mayores de trece! —exclama Richie con su acento tejano.

Y de la nada absoluta.

Ambos gritan, separándose el uno del otro al instante.

A unos pasos el resto de Los Perdedores contienen infructuosamente su risa, amontonados en un arbusto. Beverly los fulmina con la mirada.

No nota que está llorando hasta que Bill le presta un pañuelo. Apenada lo coge.

— ¡No te avergüences Bev, mi cielo, dulce Molly! ¡Estábamos esperando por esto! —prosigue Richie—. ¿Cuándo será la boda, entonces? ¡Tienen que invitarme, a mí! Seré su padrino. Tenéis que invitar a Stan *el Galán* igual, aunque sus padres hayan matado a Jesucristo.

Stan le propicia un codazo.

— ¡Nos espieron todo el tiempo! —acusa Bev, intentando ahogar una carcajada. Se les ha vuelto costumbre reír incluso en las peores circunstancias, a modo de mecanismo de defensa, ella supone—. ¡Dios, estuvieron aquí todo el tiempo!

¿Debería enojarse?, ¿llorar más?, ¿reír como histérica?

Sólo son un grupo de siete niños (porque el siete es Magia), todos un poquito locos, todos un poquito cuerdos, intentando disfrutar del verano, de la niñez, *de la vida*. Y son jóvenes e inexpertos.

Así que ¿qué deberían hacer ahora?

Stan comienza a perseguir a Richie, quién no para de insistir en cocinar el pastel de boda y ser el padrino. Eddie se abraza a sí mismo, con la cara roja-cereza sin poder dejar de reír, y su inhalador está guardado en su bolsillo izquierdo, sin haber sido tocado. Ben comparte una mirada significativa con Bill que Bev a duras penas entiende (algo como, "Voy a cuidarla" y "...Lo sé"). Mike se une a los otros, corriendo de un lado a otro y chillando de alegría.

No cabe duda de su rareza. De la de todos.

Y aún así— al mirarlos— todos juntos, Bev siento algo parecido a cosquillas por todo su cuerpo. Como paz.

Casi, casi.

Su mano busca la de Bill, y la encuentra (siempre). Bill entrelaza sus dedos, y le sonríe medio tímido.

Esto, ella sí lo entiende.

Tus palabras son lo más apreciado Bill, hacen un nido en el silencio en mis

moretones, tranquilizadoras y mágicas. Por favor nunca dudes de tus palabras de nuevo.

Esto, él sí lo sabe.

Pero la pregunta persiste en su mente, ¿qué pueden hacer ahora?

Bev mira hacia el sol.

Esa bombilla que ha sido prendida de nueva cuenta. Esa bombilla que brilla, incluso en la más profunda oscuridad.

Qué pueden hacer.

Ella ríe.

Lo de siempre, claro está.

(Ellos sobreviven, intentan ser felices, enfrentan al miedo—

—

—

ellos aman).